

Erasmus, Orgasmus y otros problemas
Carlo Padiá

Primera edición en Libros del Silencio: mayo de 2012

© Carlo Padial, 2012

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

Corrección de estilo: Núria Saurina

Corrección ortotipográfica: Güido Sender

ISBN: 978-84-940156-0-1

Depósito legal: B-13080-2012

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El espectro de Eugeni d'Ors en la Universidad Autónoma

Como cada año, con la pajarita brillante y el pelo alocado, recorro de arriba abajo los pasillos de la facultad. ¡Menudo viento! Últimamente veo a muchos estudiantes extranjeros. Me pregunto a qué vendrán. Buscan vaginas y playas. O comida rebozada, vete a saber.

En las aulas no me adentro gran cosa. ¡Quia! Sobre el aspecto exterior: vastas superficies de cemento y muertos vivientes universitarios caminando cansinamente o con energía. El primer mundo del tercer mundo. O al revés, el tercer mundo del primer mundo, según convenga. Los alumnos parecen tristes, cubiertos de una capa de alquitrán muy fina. En sus ojos se adivina la puerta de entrada al agujero negro que conforma la esencia espesa de la cultura nacional, siendo su piel y su

ropa el vestido alucinante que los recubre. El estudiante español es un agujero negro y su cuerpo, el vestido alucinante que protege la inmensidad del vacío. ¡Todavía soy un escritor de tomo y lomo! Desconozco cómo será fuera, en el mundo académico extranjero actual, pero aquí las universidades son los entes menos creativos que existen. En las facultades no hay nada, sencillamente. Claro que esto es un problema irrelevante. España es otro problema irrelevante. Ahora que estoy muerto lo entiendo. Mañana me plantearé el porqué de esta irrelevancia. Tengo tiempo.

En el fondo, el vacío absoluto es el mejor regalo que uno puede recibir. Nadie sabe a lo que te obliga, ¡cuánto está obligado uno a redoblar la intensidad! ¡Y las bofetadas!

Actualmente existo para vigilaros.

Necesito encontrar a alguien que me vigile a mí, y que no sean mis hijos.

Estos años de exilio circular, durante mis viajes por la campaña francesa, he visto vacas cuya mirada de animalidad extrema denotaba más inteligencia que la de estos alumnos y profesores con los que me cruzo, casi todos ellos con mentalidad de funcionarios asfixiados, cocidos en su propio caldo de inminente depresión profunda. Lo único que demuestran con sus acciones es lo

mucho que se desprecian a sí mismos, su actividad diaria y todo lo que los rodea. En la universidad actual se aprende a ser eficiente y sumiso, a dejarse acribillar por el peso de las formalidades, a rellenar papeles y a fotocopiar apuntes, a mover dossiers y a enviarlos a donde sea necesario.

Aquí todo el mundo come mucha fruta. A pesar de ello tienen muy mal aspecto. La juventud les perjudica el cutis. Comeos un filete, joder. ¡Cuánta contención de fuerzas!

Prestan mucha atención en clase y a la vez parecen no plantearse nada de lo fundamental. Incluso los que se presentan como insurrectos y asamblearios están claramente desprovistos de la dignidad y el relieve necesarios. ¿Y qué serán esos cigarros aberrantes que se fuman? Por supuesto, siempre existe una minoría de alumnos, tres o cuatro, repartidos aquí y allá, que asisten al espectáculo con escepticismo, estupefacción y ocasionales arranques de individualidad extrema. Gestos admirables, pero aislados. Se sienten incómodos. En la laguna de los dobles, pronto serán reemplazados. Estudien la carrera que estudien, aquí la gente aprende el oficio de la duplicidad. Funcionarios serviles, ¡a sacrificarse en nombre del bien común! A esculpirse la cara de pasmo que se les quedará tarde o temprano.

Pinchaúvas. Exigen yugo y sometimiento, pero esta vez por medios democráticos. La gente aquí no quiere formar su pensamiento. Quieren validar la sensación de que sus pensamientos existen. Mecanismos sutiles de control, de sometimiento. Relaciones de esclavitud entre esclavos.

No se puede negar, sin embargo, que el universitario español sabe divertirse. Menudas carcajadas. Lo mejor del estudiante español es sin duda su simpatía y desparpajo. La cerveza brota de cualquier parte en esta facultad, incluso de entre las juntas de bloques de hormigón que componen el campus y las diferentes facultades. ¡Y qué buenas cervecerías lo entierran a uno! En el entorno universitario contemporáneo, las afinidades electivas se reducen a tres: Moritz, Heineken o Estrella-Damm. Luego, sexo y chocolate. El chocolate del loro, claro. Paparruchas interminables dichas por este y aquel que me devuelven al olvido, sin más curiosidad por este atajo de palanganeros reaccionarios y catatónicos. El universitario español viste todavía sus ropas de instituto, o cualquier otra prenda que le hayan prestado. Siempre tirando de prestado. Y nada más.

No quiero decir nada más.

Me voy. Nadie me espera. No necesito nada, tampoco. Estudiantes fantasmagóricos, ellos son los que real-

mente están muertos. Con mi fuerza espectral, tratando de huir de la Universidad Autónoma, abro ligeramente una puerta y se me ponen los pelos de punta en sentido figurado. Casi se delata mi presencia ectoplasmática ante lo que veo, ha ido de un pelo. Esto es horripilante.

El otro Kafka, Danny Kafka

Sí, es cierto. Kafka. Pero no el Kafka que escribía, el famoso Kafka: yo soy Dj Danny *Mr. Blast* Kafka. Estudiante de Erasmus y dj. Estoy muy metido en la cultura del hip hop. Kafka es un apellido muy común, muy vulgar en Klosterneuburg, el pueblecito de Austria del que vengo. Allí muchísima gente se apellida Kafka, demasiada gente para mi gusto. Hay como cinco mil Kafkas. «¡Kafka, Kafka, Kafka!», oyes por la calle, y todo el mundo se gira. Para nosotros resulta normal, pero cuando viajas, sobre todo por Europa, los compañeros de facultad enseguida se cachondean del apellido, te sueltan esto y aquello, cosas como: «Hoy no te has levantado hecho un insecto, ¿no, Kafka?» (y se recrean mucho al pronunciar el apellido), o «Espero que la mul-

ta de tráfico no se convierta en un proceso. ¿Lo entiendes? Por *El proceso*, de Franz Kafka».

Lo interesante del caso, ahora por ejemplo que estoy estudiando aquí en Barcelona, es que cuando los compañeros de la Universidad Autónoma se enteraron de que me apellidaba Kafka, enseguida me tomaron por una persona terriblemente angustiada, introvertida, llena de dudas metafísicas, y qué va. ¡Todo lo contrario! Me encanta hacer skate. Soy el alma de la fiesta. El típico tío rubio, alto, con la camisa siempre medio abierta (un par de botones por arriba y otro por abajo), con la sonrisa en los labios, extrovertido a más no poder, vestido con ropa ancha de estética street y moviendo los brazos como un rapero cuando hablo.

Vamos, que a mí Kafka, el escritor, ni fu ni fa. Ni siquiera tengo muy claro quién es, más allá de lo obvio que te enseñan cuando estudias literatura.

Para mí, yo soy el Kafka que importa. El que representa la cultura, la imagen de la nueva Europa. El que trae el ruido a las calles, el que vuelve locas a las pavas con mis pases de breakdance. Yo no escribo, hago grafitis. Nada de frases largas ni angustias kafkianas. Quita, quita. Danny *Mr. Blast* Kafka trae el taladro. Cuando yo llego a un club, empieza el fiestón. Me bebo un vodka con Red Bull y hundo el techo con mis cabezazos, mi

polla es como una Black & Decker que atraviesa paredes, muros vaginales. Escogí venir a Barcelona de Erasmus por cinco motivos:

- a) La fiesta.*
- b) Las nenas.*
- c) La cultura hip hop.*
- d y e) La fiesta - la fiesta - la fiesta.*

He ido a clase cinco veces. Las aulas olían a caldo de pollo, decidí no volver.

La cultura también me interesa, claro. La cultura hip hop. Y Gaudí. Creo que era un grafitero más, no lo supieron entender. Personalmente, y a través de Twitter, estoy involucrado en un montón de cosas más. El falafel que venden en el Raval también me gusta. Mi filosofía es: «¡Que se jodan los demás Kafkas! Y vive la vida»; no, perdón, mejor explicado, mi filosofía es:

Vive el momento, todos los momentos.

Me identifico tanto con esa frase (tal vez porque es mía) que la he escrito varias veces en los vagones del metro. Me encanta ser sincero con el mundo, y también con las mujeres. No busco relaciones serias, y mu-

cho menos aquí en España, donde las mujeres tienen esta especie de pasión latina. Vamos, que están como una puta cabra. El temperamento de la mujer latina es como el shuffle de mi iPod, te cambia de tema cada tres minutos. Intentas escuchar lo que dicen, pero es imposible, es como una puta autopista de temas y llantos que adelantan a mis orejas. No tengo paciencia para tantos gritos.

Hace poco salí con Lourdes Dolores, una andaluza a la que también le encanta la música. Nos conocimos en la sala Apolo y acabamos fatal. Destruimos su cuarto en la residencia universitaria, le rompí todos los pósters de Devendra Banhart. Era una auténtica marrrana. La última noche, mientras le hacía un cunnilingus y le metía los dedos hasta el fondo, le encontré un condón metido en la vagina. Imagínate. Lo detecté con la lengua. Y nosotros nunca usábamos condón. Aquella goma no era mía, y llevábamos dos semanas saliendo. Joder, historias así, muy locas, que en el fondo me encantan, el tipo de anécdota cochina que uno espera poder explicar a todos sus colegas austríacos que fuman en el parque cuando regresa del Erasmus.

Yo he venido aquí a estudiar Dirección de Empresas, sí, pero sobre todo a pasármelo bien, follarme a cuantas más tías mejor, beber vodka con Red Bull y comerme

todos los productos que lleven la palabra Tex-Mex en la etiqueta. Me encanta España.

Quiero vivir cada día como si alguien me apuntara con una pistola y me ordenara divertirme. ¡Y joder si lo estoy consiguiendo! Me lo paso tan bien en Barcelona que no recuerdo nada de los últimos quince días. Voy por el Raval gritando: «*Kafka is in da house!*».

Y en mitad de todo esto, he conocido a una chica. Menudo drama. Vaya giro de guión.

Siempre hay una chica de por medio, una concreta, cuando hablamos de universidad y Erasmus.

Orgasmus y Erasmus. La doble vida del estudiante europeo.

Su nombre es Lisa. Es sueca. También vino de Erasmus y también le gusta el hip hop. Patina como ninguna otra chica que haya conocido. Trabaja de camarera. Nos conocimos con el skate en la mano, un día por la tarde, enfrente del MACBA. Mi mundo se vino abajo. Pensé: «Yo solo quiero taladrar paredes vaginales, no quiero construir familias»; por lo tanto al principio me alejé de ella, hice unos cuantos flip flops en una esquina, me dije: «*No love in here!! Just sex!!*».

Al día siguiente hablé con Thomas, alias *Wreckz & Effectz*, el skater más experimentado de la zona. Es un alemán albino y durante su estancia en Barcelona las ha

visto de todos los colores (las vaginas). Le expliqué mi problema:

—¿Qué quieres, K? —me preguntó con media sonrisa—. Ahora no puedo atenderte.

—¿En serio?

—Era una broma kafkiana. Yo también leo libros. He leído lo mío.

—No me lo esperaba, Thomas, eso de enamorarme de una chica, Lisa —le dije.

—Entiendo —respondió.

Thomas suele estar sentado en un bloque de cemento muy alto, con los pies colgando, el tipo es el puto amo, el puto Humpty Dumpty del Raval. Ve pasar el mundo desde la distancia, por el retrovisor de sus gafas, y normalmente nunca se implica, se limita a observar de espaldas. Y a fumarse unos porros de marihuana que podrían llevar a la UVI a cualquier otro rapero-skater. Pero no a él. El tipo tiene treinta y siete años. Se ha divorciado dos veces. Hace siglos que no estudia nada. Y es que en Barcelona los skaters son cada vez más mayores. Algunos tienen la edad de mi padre. Pero siguen funcionando de acuerdo con los principios del hip hop. Es decir, que no dan un palo al agua. Pero son los príncipes de la calle.

—Sé de qué tía me hablas —dice Thomas—. Lisa.

La conozco, la he visto desplegando sus movimientos de sueca caliente. Es buena. Muy buena, incluso. Es el tipo de skater con el que alguien como tú podría casarse.

—¿En serio, Thomas? ¿Es así como lo ves?

—Sí. Solo hay un problema, K.

—¿Cuál?

—Que me la estoy follando yo.

—¿Es otra broma kafkiana?

—No, esto es verdad, K. *Peace & love*.

Joder, Thomas siempre habla como si fuera un oráculo, pero esta revelación en concreto, saliendo de sus labios agrietados por la sequedad de los porrazos que se fuma a cara de perro, me partió en dos. Me hundió el alma. Y me hizo recordar cosas muy jodidas. Por culpa de eso me pasé un par de días viendo todas las películas de Lars von Trier y paseando a pie con un abrigo largo, tipo Kevin Smith en *Clerks*, muy triste, lleno de dudas, y escuchando el *Thriller* de Michael Jackson con mis supraauriculares Beats by Dr. Dre.

Los días de reflexión me inspiran dos frases:

a) Que se joda el amor. *Fuck love*.

b) ¿Cuánto placer y cuánto dolor puede generar el Erasmus? ¿Y el Orgasmus?

Una tarde entro en la tienda de vinilos para dj. El dependiente se propone hacerme la vida imposible, y me insiste, de pronto, en que no hay vinilos a la venta. Y me lo repite insistentemente, saliendo de detrás del mostrador, como si estuviera poseído, hasta que no tengo más remedio que agachar la cabeza y marcharme. No importa a qué tienda de discos vaya últimamente, todas me la tienen jurada. Me odian porque soy un cliente exigente, aunque jamás les he dado problema alguno. En el fondo soy un dj como los demás. ¡Solo quiero vinilos! Me pregunto si a raíz de este malentendido (que se extiende a marchas forzadas, contaminando otros establecimientos que no tienen nada que ver con los discos) voy a tener que dejar de pinchar. Y en tal caso, ¿me importaría prescindir de ello?

A continuación entro en otra tienda de discos. Nada más cruzar la puerta veo una cucaracha tamaño Raval enganchada a la pared, y salgo corriendo.

Un lunes me encontré con Lisa. Me dio su número de teléfono, y quedamos para tomar algo. Por supuesto, después de haberme enterado de que se acuesta con Thomas, alias *Wreckz & Effectz*, ya no tengo ninguna intención de llamarla, y enseguida (¿inconscientemente?) pierdo el papel con el número. Pero hace un par

de semanas volví a cruzarme con ella. Estaba sentada en la terraza de una focacceria y yo pasé de largo con la cabeza bajada, gacha. Ella me vio, y yo la vi a ella, y ninguno de los dos hizo el gesto de levantar la mano, o acercarse al otro, etc. Por lo poco que pude ver mientras me alejaba a toda prisa de la terraza, Lisa parecía enfadada. Obviamente esperaba mi llamada. Desde entonces, he vuelto a verla cada día. Ayer mismo me la encontré en la puerta de un supermercado. Ella estaba de espaldas, y me miró de refilón, con el rabillo del ojo. Estoy seguro de que era ella. Creo que se ha trasladado a vivir cerca de mi residencia para tenerme controlado. Quiere que me sienta mal por no haberla llamado. No le tengo ningún miedo, aunque reconozco que en un tiempo récord ha conseguido derribar mi confianza, mi habitual seguridad en mí mismo. Esta tía me está acorralando. Controla la zona, sabe por donde me muevo, y me obliga a idear fórmulas con las que sortearla. Las circunstancias están de su lado. Su don de gentes ha contribuido a poner el barrio en mi contra. Me pregunto hasta dónde está dispuesta a llegar con tal de humillarme. Como por arte de magia, hoy he encontrado en el bolsillo de atrás de unos pantalones el papel en el que apunté su número de teléfono, y he decidido llamarla. Quisiera resolver

este malentendido, pero comunica, o no está disponible.

Me asomo a la ventana. La calle está desierta, pero oigo ruidos; parecen efectos de sonido de un disco. Oigo una explosión y unas palmas, como si hubiera público aplaudiéndome. Joder, ¿qué coño es esto?

Bajo a la planta cero de la residencia. Los sillones de la sala de espera están tapizados con una tela cuyos dibujos, extrañas cenefas, son idénticos a las imágenes que vi la última vez que tomé setas alucinógenas, millones de organismos microscópicos de colores muy vivos organizados en forma de cuadrículas piramidales. El portero de la residencia universitaria para extranjeros es un tipo bastante curioso, y oyendo las cosas tan delirantes que me explica a veces creo que no sería descabellado pensar que ha sido él mismo quien ha ideado (o sugerido a una tercera persona) los diseños para el tapiz de los sillones. Nunca había conocido a un portero que hablara tanto. ¡No para de hablar!

De madrugada, el portero de la residencia fuma y tose en el pasillo, justo enfrente de mi habitación. Me consta que lo hace solo para molestarme. Harto, salgo a quejarme y me dice que tiene que realizar una revisión de urgencia de mi cuarto.

—Voy a entrar ahora mismo —anuncia.

—¡No! —grito yo.

Sin darle tiempo a añadir nada más, cierro la puerta y me quedo dentro. Pasan los días. Me acostumbro a mirar por la ventana. De vez en cuando suena el teléfono; temo que sea Lisa, para quedar.

Me gusta vigilar a mi vecino. Lo observo durante horas. El tipo está enfermo. Desde mi habitación, lo veo comer compulsivamente. Cuando está en casa, va vestido con un mono verde de cuerpo entero y unas botas de agua altas. Me parece que tiene fugas en su piso, y si no trabaja rápido el agua le cubrirá las rodillas de manera inminente. El portero se ha pasado toda la noche tosiendo. Quiere entrar a revisar el cuarto. Sí, pero ¿por qué?

Acabo de pescar al portero fisgoneando el correo que me envía la universidad. Siempre que puede me roba las cartas, las abre y con un rotulador fluorescente me subraya las cosas que le molestan. Luego las deja de vuelta en mi casillero, abiertas y pisoteadas. El portero de la residencia quiere que me sienta culpable por estar de Erasmus. Tengo una colección interminable de cartas con la huella de su zapato estampada en ellas. ¿Es posible que el portero y Lisa tengan un plan preestablecido y lo cumplan a rajatabla, con la única intención de joderme? En tal caso, nadie puede detenerlos.

El portero va y viene, llevando un cigarro, sin dejar de toser. ¡En la residencia no se puede fumar, y se supone que él es el encargado de hacer cumplir las leyes!

Caminando por la calle (hace semanas que no patino), Barcelona me parece un asunto inabarcable, un mal asunto, no me compete. Bocinazos y el gas del autobús abriendo y cerrando las puertas. Observo a la gente. Unas cuantas prostitutas negras pasan justo a mi lado. Un hombre es detenido por diez policías. Por las calles oigo voces, ruidos, toses. Una extraña impresión: estoy rodeado.

La incomodidad me persigue. Vaya donde vaya, me siento incómodo. La oscuridad se enrosca. Necesito un vodka con Red Bull. Y un poco de fiesta loca.

E-mail Barcelona-Helsinki

PARA: manuel_hermenenauta@hotmail.com

DE: Lourdesdoloresyole@yahoo.es

ASUNTO: Voy al concierto de Devendra Banhart!!

Manuel, te echo de menos. ¿Cuándo volverás a España?

Estoy triste, nerviosa, sin motivo. He conocido a una chica que dice saber quién eres. ¿De verdad la conoces? Me ha contado historias que me cuesta creer. Pensaba que estábamos juntos. ;)

Repasando mis fotos del Facebook detecto una extraña tristeza, más allá de las risas, y los abrazos, y los bares y los monumentos entre los que aparezco fotografiada.

¿Qué coño me está pasando?

CARLO PADIAL

Es como si nunca fuera suficiente. Creo que mi novio
sospecha algo.

Te quiero,

Lourdes Dolores

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE MAYO DE 2012

S

*Los niños que acaban de aprender una palabra soez
no se quedan contentos hasta que la escriben con tiza
en alguna puerta. Y eso también es literatura.*

RUDYARD KIPLING

www.librosdelsilencio.com